

Soneto LVI

Acostúmbrate a ver detrás de mí la sombra y que tus manos salgan del rencor, transparentes, como si en la mañana del mar fueran creadas: la sal te dio, amor mío, proporción cristalina. La envidia sufre, muere, se agota con mi canto. Uno a uno agoniza sus tristes capitanes. Yo digo amor, y el mundo se puebla de palomas. Cada sílaba mía trae la primavera. Entonces tú, florida, corazón, bienamada, sobre mis ojos como los follajes del cielo eres, y yo te miro recostada en la tierra. Veo el sol trasmigrar racimos a tu rostro, mirando hacia la altura reconozco tus pasos. Matilde, bienamada, diadema, bienvenida!